

EL EPITAFIO.

De ver a su prometido
 Rosa la gentil regresa:
 Como las del prado trae
 Rojas las manos pequeñas,
 Y su madre la pregunta:
 —¿Qué hiciste, Rosa, con ellas?
 Y «las espinas me hirieron»
 Ruborizada contesta.

Torna de ver a su novio
 Segunda vez la doncella:
 Más rojos que de costumbre
 Sus labios la madre encuentra.
 —¿A qué se debe, hija mía?
 —Al zumo de las cerezas.

De ver al novio la joven
 Viene por la vez tercera,
 Y más que rosa parece
 Por lo pálida, azucena.

—¿Qué te pasa, pobre niña,
 Que estás como blanca cera?
 —Madre, haz cavar una fosa
 Y mi cadáver entierra;
 Pon una cruz en mi seno
 Y estas palabras en ella:
 «Un día volvió a su casa,
 Rojas las manos pequeñas
 Porque su novio estrechólas
 Entre las suyas con fuerza.
 Volvió a su casa otro día,
 Los labios como cerezas
 De ósculo dulce al contacto
 Que consentir no debiera.
 Volvió a su casa más tarde,
 Pálida como una muerta,
 Porque el mozo a quien amaba
 La olvidó.» ¡Pobre doncella!

EL GUANTE.

(SCHILLER)

Frente a la arena do los leones
 A trabar lucha terrible van,
 Bajo la sombra de sus pendones
 Entre los nobles está el rey Franz.
 Y en elevados palcos brillantes,
 A los dos lados del rey, se ven
 Mujeres bellas muy elegantes,
 Ceñida en rosas la blanca sien.

El rey su cetro de oro levanta:
 Puerta de hierro cruje y se abrió,
 Y asoma impávido y se adelanta
 Del circo al centro grave león.
 Mira a la gente de espanto llena,
 Abre la armada boca, y después
 Sacude altivo su gran melena
 Y échase en tierra con languidez.

De Franz el cetro de nuevo brilla,
 Cruje otra puerta con duro són:

Tigre de oscura piel y amarilla
 Súbito salta frente al león.
 Con furia horrible brama y atruena
 El gran palenque do va a luchar:
 La cola agita y en el arena,
 Cual la otra fiera, llégase a echar.

Hace el monarca señal tercera,
 Y dos leopardos con rapidez
 Salen del fondo de la leonera
 Y sobre el tigre dan a la vez.
 La lucha dura sólo momentos:
 El tigre presto los llega a asir,
 Y los leopardos corren sangrientos
 A refugiarse lejos de allí.

En aquel trance, de linda mano
 Pequeño guante se desprendió:
 Del palco quieren asirlo en vano,
 Que entre las fieras al fin cayó.
 La dama altiva dijo a su amante:
 «Si tan heróico vuestro amor es,
 Bajad al circo, mi blanco guante
 De entre las fieras a recoger.»

El caballero con faz serena,
 Tranquilo paso, firme ademán,
 Desciende y huella la roja arena
 Donde las fieras rugiendo están.
 De terror llena, la gente calla;

Mas vé al apuesto joven gentil
 Alzar el guante, ganar la valla,
 Y en ronco aplauso prorrumpe al fin.

Viendo en el joven tal osadía,
 En dulce llama de eterno amor
 La noble dama sintió que ardía:
 Con rostro afable le recibió.
 Mas él al rostro la arroja el guante;
 Y al alejarse, con altivez
 «Busca —la dijo— busca otro amante
 Que necio quiera tu esclavo ser.»

EL CONDE DE HAPSBURGO.

(SCHILLER)

En Aix-la-Chapelle y en gótica sala,
En medio a los nobles vestidos de gala,
Está el rey Rodolfo, nuevo emperador.
Se cubre la mesa de ricos manjares:
De largo interregno tras guerras y azares
La paz, la justicia, renacen desde hoy.

Varón respetable del Rhin palatino
Los platos le sirve, y escancia al rey vino
Un príncipe eslavo en copa gentil.
Rindiendo al monarca respetos y honores
Están a sus lados los siete electores,
Y el pueblo en los patios se agolpa feliz.

Se mezcla a los gritos de inmenso contento
Que lleva a la sala confusos el viento,
El són de la ronca trompeta marcial.
Cesó ya el imperio feroz de la espada;
Respira la tierra; se ve rescatada
Del yugo ominoso de fuerza brutal.

La aurífera copa tomando en su mano,
Al pueblo y los nobles miró el soberano
Y, afable el semblante, así les habló:
«Espléndida fiesta mi trono inaugura,
Y en ella de dicha insólita y pura
Se siente inundado mi real corazón.»

«Mas no entre nosotros el bardo aparece
Que con sus cantares el júbilo acrece,
Al par que lecciones severas nos da.
Del gusto de oírle, que a todos prefiero
Desde simple conde, privarme no quiero
Agora que ciño diadema imperial.»

Y he aquí que hasta el centro del coro brillante
De nobles y reyes, gentil el talante,
La lira consigo, llegó el trovador.
Envuelve sus formas un manto profuso;
La edad el cabello cual nieve le puso;
La luz del ingenio su frente guardó.

—«Encierra en sus senos del bardo la lira
La voz del contento, la voz que suspira,
Que enciende en amores, que exalta el valor,
Y a esferas remotas sublima las almas:
Tú tienes virtudes y glorias y palmas.
¿Cuál canto es el digno de tí, emperador?»

Rodolfo responde:—«No quiero dar leyes
Al bardo a quien oyen y acatan los reyes

E inspiran tan solo la luz, la verdad.
Es libre, espontáneo del bardo el acento
Cual trino del ave, cual nota del viento:
Cantad, buen anciano; tenéis libertad.»

Hiere el poeta las cuerdas
De su lira y esto canta:
«Iba persiguiendo al ciervo
Un noble por la montaña.»

«Palafrén de largas crines
Blanco y erguido montaba.
Paje que venablos lleva
Le sigue a corta distancia.»

«Al encaminarse al valle,
La nota argentina y clara
Oyó de una campanilla
Que al lejos suena con pausa.»

«Venerable sacerdote
Revestido de su alba,
Lleva el Viático a un enfermo
Infeliz de la comarca.»

«Se quita el sombrero el conde
Y del caballo se baja,